

## CATEGORÍA A. (E. PRIMARIA) MODALIDAD GRUPO

### “PINOCHO” Carlo Collodi

Salió Pinocho y apenas llegó al bosque, empezó a correr como un galgo, pero al llegar cerca del sitio donde estaba la Encina grande, se paró de pronto porque le pareció que había oído ruido de gente entre la maleza. En efecto: vio aparecer... ¿No sabéis a quién?

Pues a la zorra y al gato; o sea, aquellos dos compañeros de viaje con los cuales había cenado en la posada de El Cangrejo Rojo.

- ¡Pues si es nuestro querido Pinocho! – gritó la zorra, abrazándole y besándole.
- ¿Qué haces por aquí?
- ¿Qué haces por aquí? – repitió el gato.
- Es largo de contar – dijo el muñeco- Pero, ante todo, os diré que la otra noche, cuando me dejasteis en la posada, me salieron al camino unos ladrones.
- ¿Unos ladrones? ¿Pero es de veras? ¡Pobre Pinocho! ¿Y qué querían?
- Querían robarme las monedas de oro.
- ¡Qué sinvergüenzas! – dijo la zorra.
- ¡Qué grandísimos sinvergüenzas! – repitió el gato.
- Pero yo me escapé – continuó contando el muñeco - y ellos siempre detrás, hasta que me alcanzaron y me colgaron en una rama de aquella Encina.

Y Pinocho señaló la Encina grande, que estaba a dos pasos de distancia.

- ¡Qué crueldad! – exclamó la zorra - ¡Qué mundo tan malo! ¡Parece mentira que haya gente así! ¿Dónde podemos vivir tranquilos las personas decentes?

Mientras charlaban de este modo, observó Pinocho que el gato estaba manco de la mano derecha porque le faltaba toda la zarpa, con uñas y todo.

- ¿Qué has hecho de tu zarpa? – le preguntó.

Quiso contestar el gato, pero se hizo un lío y entonces intervino la zorra con destreza diciendo:

- Mi amigo es demasiado humilde y por eso no se atreve a contarlo. Yo lo contaré. Hace una hora, aproximadamente, que nos hemos encontrado en el camino a un lobo viejo, casi muerto de hambre, que nos ha pedido una limosna. No teniendo nada que darle, ¿sabes lo que ha hecho este amigo mío, que tiene el corazón más grande del mundo? Pues se ha cortado de un mordisco la zarpa derecha y se la ha echado al pobre lobo para que desayunara.

Y al terminar su relato la zorra se enjugó una lágrima.

También Pinocho estaba conmovido. Se acercó al gato, y le dijo al oído:

- Si todos los gatos fueran como tú, ¡qué felices vivirían los ratones!
- Y ¿qué haces ahora por estos lugares? – preguntó la zorra al muñeco.
- Esperando a mi papá, que debe llegar de un momento a otro.
- ¿Y tus monedas de oro?
- Las tengo en el bolsillo, menos una que gasté en la posada de El Cangrejo Rojo.
- ¡Y pensar que en vez de dos monedas podrían ser mañana mil o dos mil! ¿Por qué no sigues mi consejo? ¿Por qué no vamos a sembrarlas al Campo de los Milagros?
- Hoy es imposible; iremos otro día.
- Otro día será tarde - dijo la zorra.
- ¿Por qué?
- Porque ese campo ha sido comprado por un gran señor, que desde mañana no dejará que nadie siembre dinero.
- ¿Cuánto hay desde aquí hasta el Campo de los Milagros?
- No llega a dos kilómetros. ¿Quieres venir? Tardamos en llegar una media hora; siembras enseguida las cuatro monedas, a los pocos minutos recoges dos mil, y te vuelves con los bolsillos bien repletos. ¿Qué? ¿Vienes?

Pinocho vaciló antes de contestar, porque se acordó de la buena Hada, del viejo Goro y de los consejos del grillo-parlante; pero terminó por hacer lo mismo que todos los muchachos insensatos que no tienen una gota de juicio ni de corazón; acabó por rascarse la cabeza y por decir a la zorra y al gato:

- ¡Bueno; me voy con vosotros!

Y marcharon los tres juntos.